

Fulgencio Saura Mira

“Y se echó de cabeza a la azarbe.”
(Medina Vera)

Estas alturas tratar de recuperar la huerta, base del sustento de nuestros antepasados, como sus costumbres; podría ser una utopía, aunque entendemos que no por hablar mucho de este tema hay que menospreciarlo.

La huerta ha sido un paisaje fundamental en esta zona levantina, ha forjado un contacto y creado una sensibilidad fecunda que tiene su temple en la literatura y la pintura de nuestros artistas,

Por otro lado las Peñas huertanas, en este sentido realizan una gran labor digna de loa, en su defensa. Y es que no debemos olvidar el trabajo de nuestros predecesores, insignes escritores Muñoz Cortés y Jorge Aragoneses, que dedicaron sus investigaciones en aras de la recuperación de las costumbres de la huerta, con el empeño de Don Jorge en la creación del Museo de la Huerta, como foco y cita de estudiosos y al que le ha dado tanta importancia nuestro Subdirector de Cangilón don Ángel Luis Riquelme Manzanera⁽¹⁾, alma de su recuperación en los últimos veinticinco años.

Nosotros, ya hace tiempo que nos dimos cuenta de esta depauperación del paisaje básico, donde el hombre, labriego cavador, dejó un comportamiento y manera de ser en la creación de sus ritos como algo tan entrañable y esencial para comprender su actitud desde el aspecto antropológico.⁽²⁾

Hemos hecho alusión, a lo largo de una serie de trabajos, del hundimiento de nuestro paisaje, el que conocimos en la infancia, al que dedicamos atención constante en lienzos, como lo hicieron una serie de pintores a los que aludo en el Número 33 de Cangilón⁽³⁾.

Sumirnos por tanto en este tema sería largo de tratar; por lo que nos vamos a ce-



Acueducto de las Pullas.

ñir a algunas consideraciones que hemos vivido cerca del huertano, de ello hace unos años, en un momento en el que la ciudad todavía respetaba la huerta, algunas zonas pendientes de ser convertidas en solares⁽⁴⁾. Estamos viviendo en un hábitat donde la velocidad y atosigamiento forma parte de la estructura urbana que recrea su ámbito, desfigurando el pasado, con lo que ello significa y puso de manifiesto mi maestro Chueca Goitia, arquitecto e historiador de la ciudad, en unas consideraciones sobre el devenir de nuestra ciudad y su entorno.

Nada de lo que fue existe y la contracultura nos va arrebatando las sutiles sensaciones de antaño, sobre todo lo que se relacionaba con la vida de quienes nos precedieron, con su impacto rústico y entereza sacro santa.

Nos encontramos en un mundo cada vez más deshumanizado con el implante de aspectos nuevos que prestan un servicio a lo anodino y futeso, a lo enigmático y banal. Porque nos integramos en otro concepto de urbe desde una civilización en progreso imbuida por la fiebre constructiva, en un afán por dar sentido urbanístico al instante, sin razonar una planificación

centrada en el alma de la ciudad y su vocación a lo largo de la historia.

Desde este aspecto hay que entender el sentido de nuestra ciudad, que no es más que una urdimbre de solares que van a crear espacios distintos, recreando un panorama de urbe que destroza ese sutil encanto del paisaje huertano.

Se muere la huerta. Pero es que en realidad la enterramos hace tiempo. Ya lo venimos diciendo desde hace años y lo observamos sobre las ruinas de tapiales que antaño formaban parte de las casas huertanas donde moraban labriegos con sus familias, se dedicaban a su faena agrícola, vivían las fechas de sus ocios entrañables, gozaban con su santo patrón, bailaban y soñaban. Esto es algo que ha pasado, pues estamos en otra cultura que nos vislumbra un contenido distinto de vida que irá acoplando sus pausas a la existencia que se abre en el futuro, con sus moldes y signos nuevos.

ERA OTRA COSA

Aquella huerta era otra cosa, no sólo una extensión de terreno sobre el que el labriego cavador acoplaba su vida en su cabal significado, sino que forjaba su actividad faena tras faena, ceñido al ciclo agrícola, dejándose la piel en el trabajo asiduo a la tierra, muy a pesar de las circunstancias climáticas por las que atravesaba, pendiente de su tanda, de su cosecha, de su vida agrícola.

La huerta se enmarcaba entre los heredamientos del norte y del mediodía, insuflada por sus acequias mayores y de Churra la Nueva, con sus empaques de molinos y aceñas en sus variantes móviles y fijas que merodeaban por su entorno, mostraban su pose por la encantadora Orilla del Azarbe, que ya es un recuerdo, y la pedanía de Casillas. Unos artefactos que tanto impactaban a la mirada, con el engranaje de su factura en el conjunto de banales y heredades, que hacía las delicias de la mirada.⁽⁵⁾

De aquella huerta quedan las vivencias guardadas en el corazón, el recuerdo de personas consagradas a sus oficios. Evoco

en este momento a Rafael el "Pelín" viejo labriego de El Raal, que le gustaba otear sus heredades y escuchar el rumor de las acequias, y ver de cerca el juego de bolos de sus amores.

Los carriles eran ecos de un hacer que señalan los nombres de sus labradores. Había una huerta de carriles y veredas próximas a las barracas, al río, con sus barcas que servían de comunicación de una a otra ribera. De ello sabía mucho don Matías, del Rincón de Cobos, personaje típico salido de un cuadro de Medina Vera. Habitaba cerca del carril de Alejandro, dejando constancia de sus compañeros: los Simones, Macanas, los García y los Parrillas, versados en aquellos juegos de "magnates", de tanta garra, que integraron el pasatiempo del huertano, pues sobre unas simples tablas, y en fechas adecuadas, los actores, personas del lugar, dejaban su gracejo, en bufonadas sacadas de sus antepasados, a veces simuladas con improvisaciones, como en la vieja época de nuestro teatro; lo que daba entretenimiento a las familias⁽⁶⁾.

Orillas y meandros se mantenían prestos a la desafortunada riada que consumía al labriego y ponía lances de tristeza en su familia, como voz fatídica del destino; la del río que le daba vida y destrozaba a veces su cosecha. Un río que dejaba crecer los cañaverales que el labriego cortaba en otoño⁽⁷⁾; lo que formaban parte de su cultura, como la vieja faena de arar la tierra que estrujaba al huertano en su milenaria pose de cavador acostumbrado a tener paciencia, desde que el sol se levantaba hasta que se ponía sobre el horizonte. Esto ha integrado una patología de la huerta que, sin duda ha gestado la forma de ser de este hombre trabajador y pegado a la tierra. Un ser imbuido por la tradición, por las normas árabes que regían sus actuaciones y sometido a la normativa del Consejo de Hombres Buenos, según las Ordenanzas huertanas, que ya vienen siendo un eco del pasado.

Allí, en su cotidianidad, estaba este hombre fuerte y sesudo para confirmar su vocación en sus faenas cíclicas, que en sus

juegos aparecía con la figura del Discóbolo, al que se refería don Antonio de Hoyos en una de sus conferencias habituales. Estaba el labriego atento siempre al tiempo, dispuesto a prestar atención a su trabajo, en una variedad de actividades en las que se decía: majinca, muñe, biña, engarbera, trilla en los estíos trespelando el grano y ensilando la paja: Toda una rica gama de aspectos muy estudiados por don Jorge Aragoneses, al que se le debía homenajear y dedicarle atención por su labor en el Museo de la Huerta, al que le dedicó infinidad de horas.

También, en ese tiempo de faena, verdea, desraba o escombra en la faena del pimiento, desperfolla el maíz cuando llega otoño y las hojas comienzan a caer de sus morerales tan amados y litúrgicos, procediendo a recoger las macocanas para el “busano” de la seda.

Ese huertano procedía a machear las palmeras que se elevaban sobre el paisaje sacrosanto de su terruño, que dejaba olores a miel y a dátil. Un paisaje encajado en los versículos del Viejo y Nuevo Testamento. Aquel personaje formaba parte de nuestros antepasados. Nuestros abuelos y padres fueron huertanos de pro y nos legaron sus ritos, su amor hacia el terruño que consagró nuestros amores en la niñez.

La huerta era entrañable, con su pequeña cuita y ubicación de la barraca, morada que hacía con sus propias manos aquel hombre pequeño de cuerpo, alicaído, con su blusón y sus alpargatas. Utilizaba el medio natural, con sus parcelas, abancalando sus tierras, moldeando, con afán inusitado su tiempo, al son de las horas. Amplia y excelente literatura se le ha dedicado a este protagonista de faenas agrícolas, en plumas tan interesantes como las de Segado del Olmo, con quien charlaba de estos temas y caminábamos por los carriles huertanos, como lo hacía con Valbuena Briones.

La mujer perfilaba el hogar cerca del tinajero: espacio que lucía por sí mismo entre delicadezas de cristal y sabor de agua pura recogida y asentada en sus tinajas, con sus “tapaores” adornados con ese lenguaje tan entrañablemente femeni-

no. Y desde el interior del hogar se estrujaba la jerga de la palabra que dejaba tintes de ternura, pues tan abónico se hablaba como se alzaba la ropica y se besaba arrebonico.

De este tenor se pergeñaba la vida del huertano al que hemos de defender en todo tiempo pese a que su figura envuelta en una ternura entrañable; se haya deteriorado, pero queda en nuestro corazón con las vivencias recogidas, su tratamiento desde los rincones más apartados, donde se enlazaba el paisaje con el sueño de unas vidas aquietadas en su caparazón de bancal y sonidos de agua contenida en sus acequias. Era poesía pura contaminada por el aire y la luz de sus albas, aquella huerta de nieblas y surcos por los que transcurría el hombre con el carro repleto de alfalfa, una vez transcurrido el día. Un día más en el hacer del huertano que creaba sus propias liturgias, sus danzas y cánticos en torno a la recogida de su cosecha.

Allí quedaba la cultura, la pose, ese no sé qué del que habla Feijoo, y que es referente al alma del paisaje sobre el que el novelista José Ballester dejó narraciones sutiles. Se integraba la huerta como estampa adorable, romántica en el sentido poético del XIX que contrastaba con el de nuestros escritores barrocos. Una dualidad, acaso contraste en el que hay que incidir para mostrar la peculiaridad de concepción del paisaje, con sus alcarrias empecinadas en remarcar la templanza y orgullo de su carácter. Con ello se puede afirmar una realidad vivida, expresada desde la concepción de nuestros barrocos y la presencia de la imagen romántica, que el artista pintor hermosea, hasta que el realismo de un Medina Vera la vivifica en su autenticidad de luz y vergel.

Entre palos y cañicas pasaba el huertano su vida, contando con lo justo, sin que faltara el regocijo del amor al trabajo junto al quijero de la acequia, teniendo cercano el botijo de sus amores. Siempre al quite de cuanto sucedía, sin temblar ante el trabajo, presto en cada momento a entregar su vida por la familia, hasta que su horica le llegaba.

Y es que este hombrecico sesudo y morisco ha tenido, creo que ya no, la mala prensa de su ociosidad, naciendo en este punto el tópico de su cansera como manera de ser de este hombre, cuyo tratamiento endulza con su diestra dicción el maestro Vicente Medina, pero que no cuadra en la faceta de este cavador huertano siempre presto a recomenzar la faena e implorar a la Fuensantica en pro de la cosecha, aunque ya de este tema se ha hablado lo suficiente.

Aquel “¡Si no me espertara!”, no me suena en la cadencia musical de la vida de este hombre dispuesto siempre a vender la alfalfa y el alcazel en la plaza para poder pagar el rento, que eso sí que era su obligación principal. Y es que muy a pesar de la literatura que se ha llevado a cabo sobre la huerta y su protagonista, quedan flecos por remendar y con ello dejar claro el fecundo proyecto de este hombre pegado a su bancal, fijo en sus artes del laboreo, pendiente de la lluvia o de la recolección, dispuesto a jugársela a una sola carta.

Pero eso sí dejando claro al mundo lo que ser huertano significa, que para ello se enorgullecía de mostrar en los instantes lúdicos su lenguaje auténtico, sin ataduras ni soberbia alguna, dejando a las claras que su habla provenía de los viejos pobladores tanto mozárabes como aragoneses y catalanes, que de todo hay en la entrañable manera de su expresión. Pues que de ese muestreo híbrido surge el dialecto del habla huertana. Cuestión esta controvertida por defensores de su habla y detractores, teniendo una posición intermedia en mi amigo desaparecido, Antonio Crespo, gran investigador y escritor, eminente estudioso de la prensa murciana.

Y es que la lengua huertana para Díaz Cassou es propia del hombre de la ciudad, aunque también mantiene su interés el habla del huertano más puro que se empeña en dar forma a su propia verborrea; lo que hoy se estudia bajo el nombre de la Lengua murciana que nosotros acogemos desde su tinte colorista en nuestra revista Cangilón, ello sin ánimo de enturbiar una investigación dialectológica y ensamblada

con los criterios de los estudiosos de tal temática.

En este sentido es interesante recoger, desde la oralidad, aquellas voces que se siguen utilizando en zonas de nuestra auténtica huerta, desde Casillas a Zeneta.

Nuestra literatura nos muestra fases y periodos donde se aporta toda una muestra del habla huertana que halla su mejor exponente en los escritores decimonónicos, que viven la odisea del Bando de la Huerta y el Entierro de la Sardina desde sus comienzos. Es en ese instante donde aparece la figura del panochista y se destacan personalidades como el celeberrimo Miguel Rubio Arroniz, y ello desde 1854, en que se retoma toda una jerga de vocablos y expresiones típicas del hombre ubicado en la tierra, desde el verbo del también erudito Joaquín López García, como iniciadores de este evento que va a tener un gran arraigo en el devenir histórico del habla huertana, indudablemente festiva y que provoca entusiasmo en una masa popular imperante. Una manera de hablar desde la ruralidad y la comunicación directa, aunque se desconozca la raigambre de sus digamos voces empleadas, que en todo caso sirven de muestrario de algo vivido...⁽⁸⁾

Ello a través de sus grandes poetas y narradores como Jara Carrillo, Frutos Baeza, Joaquín Báguena, Cassou, Fuentes y Ponte, L. Orts, Selgas, Vicente Medina, por citar los más importantes de este repertorio de escritores que atiende al paisaje huertano, utiliza su envoltura y destaca una forma de ser. Pues que sobre este tema dedicó horas felices nuestro añorado jurista y pintor Díaz Bautista.⁽⁹⁾

De la enjundia de esta aportación interesa el sentimiento fiel de su protagonista el huertano en relación con su espacio, utilizando el tono de esa ternura que se congela en su manera de ser tan intensa como directa con lo que le rodea, y que se traduce en los versos de nuestro Jara Carrillo que entiendo es el poeta de lo entrañable y sensible de la huerta, quien conocía su alma como nadie, y que a su muerte en 1927, deja un vacío inmenso en este espacio del sentir desde lo más profundo.

El poeta de Alcantarilla mantenía una pasión contenida por su tierra, lo que en el norte es la tierra, pues en él todo es suave y delicioso, todo sabe a huerta y bancal, a salve de auroro viejo y senda mañanera que acoge el tronco de morera como icono fundamental del huertano: eje de su función y faena. Todo en su piel y en su alma despide aroma que se gesta en el arcón de nuestros antepasados, donde el ancestral huertano custodiaba su tesoro. Y desde ese encanto y lucimiento se dejaba el poeta llevar por las emociones que le proporcionaba el paisaje a cada instante, en cada silencio del día. De ahí la calidad de su factura poética que deja sutil encanto y ternura como es el momento de dolor ante el hijo muerto, ante el pajarico desfallecido; donde todo en la huerta se hace lisonja y Arcadia, en que la yegua Lucera es envidia del paisaje, pues en la soledad del carril se la domina con su “cerviz enhiesta”.

Porque el mismo poeta se contagia con su paisaje, lo vive y ama hasta la extenuación. Le gusta el “ico” que sujeta sus secuencias adorables y que es rumor de entrega y amoroso encuentro, pues así... abonico, abonico, respirando el olorrico de mi “huertecica bella...” va humedeciendo sus ojos de hombre enamorado de su tierra.

Para mí que este rotundo cantar a la huerta con tal desparpajo, se hace comparable a los sentimientos que el ínclito escritor del barroco Salvador J. Polo de Medina en el siglo XVII, destaca como muestra de su recio amor a este paisaje, que en su tiempo compendia una tonalidad de compacta belleza mediterránea, con la feraz huerta que, desde Espinardo fecundaba las heredades y lucía su flora con la sensualidad de su color. Lo que de otro modo queda reflejado en sus Academias del Jardín, donde el autor defiende a la ciudad y su huerta de los falsarios y envidiosos de lo nuestro que siempre han existido, realzando la lucidez y garra de nuestros escritores y pintores comparables en ese momento con la lisonja madrileña.

Y es que si nos hundimos en su lectura damos con argumentos y detalles de

valor y calidad, tan encomiable, de tanta validez en la pintura del paisaje huertano, que se hace cercano a la ciudad del Segura. Como memorable es el escritor de Alcantarilla en sus sentimientos hacia lo menudo huertano: aquello que se contagia en el alma. Pues si nuestro barroco alza su mirada hacia... “la hermosa habitación de cortesanos árboles”, que se conciertan en las orillas del Segura, el poeta de los corazones sumisos recalca el verdor de los naranjos y olor de azahares, el rumorrico del río a su paso por el ... “sublime murciano paraíso...” con la torre de fondo mirándolo con... “sus ojos de luz...”

Si el autor de los Ocios de Soledad o de la Epístola Moral a Lelio, al que le tenía en buena estima nuestros autores del siglo de Oro, nos habla de la “amenidad de este sitio...”, o encumbra la soltura del ... “cultivado bosque de moreras... con más de quinientas acequias...”; el autor de El Aroma del Arca y “Gérmenes” nos hace un esbozo de la ancestral huerta con sus clavellinas y el brillo de su cielo azul cargado de aromas viejos y nuevos, donde habita el hombre que suda en sus madrugadas, que lleva su hacha de astil de morera, que cuida sus arbolicos como a hijicos, capaz de unirse en sus horas fecundas a los ... “legendarios auroros que pasan...” dejando en el ambiente el rumor de los siglos.

Estamos ante dos maneras de mirar el paisaje huertano, de acomodar la vista a su entorno. Es una la mirada del siglo XVII con su gentil forma de advertir la galanura de su empaque, y otra la del poeta lleno de ternura hacia lo que le rodea: todo ese mosaico sencillo de encuadres y figuras, de siluetas que enlazan con el asombro o la melancolía, con ese fluir de silencios que dejan congoja en el alma.

Pero en el fondo se sitúan ante el frenesí del amor a la tierra que se conoce y describe. Sobre todo se siente en lo más profundo. La visión barroca se inserta en una sutil descripción que se aproxima al conceptismo de Quevedo o se derrama en insinuaciones culteranas, desde la voz del enamorado de los lirios y los álamos, mientras que en el poeta romántico la na-

turalidad se hace tono con el lugarico, se amolda al color y sabor de la tierra donde se instala el escritor de una forma directa, como el pintor impresionista recrea el espacio que domina, pues en todo caso existe una cadenciosa fluidez y desenvoltura en esta mirada que observa y huele, deja expandir sus sentimientos en afanes amorosos con la realidad que lo hace vibrar.

Hay un clamor de clasicismo en Polo de Medina en el que se insinúan los coros de ángeles y estancias de Arcadia en los jardines plenos de flora, por los que transita Anfriso y Filis y su vista se ... “desesperanza” ante la belleza del ... “dilatado cuerpo del jardín...”, semejante a la impresión que le causa a Jara Carrillo el entorno del Malecón donde ... “tiemblan al son del agua las cimbras de cañares...”. Y en todo caso el icono del río Segura se aborrece en cada mirada, desde cualquier encuadre que lo enaltece. En el clásico aquel ... “divide en dos partes iguales la huerta “...” parece con ramas de plata un árbol de cristal...”. Preciosa imagen que visualiza su trayecto desde su nacimiento en Jaén atravesando sus contornos hasta fundirse en la Vega Baja.

Y en la visión del poeta de lo pequeño y tierno “El río rumorea una canción sumido,/ al cruzar el murciano paraíso;/ y la torre lo mira con sus ojos de luz.”

Valen estos dos requiebros para sintonizar con la esencia de la huerta, su entronque y cabal significado entre un haz de contagiosas estancias y amables diálogos que potencian su estilo, gallardía y afanes en los que el hombre milenar de su paisaje ha vivido trances inolvidables, épicos, que conforman su alma, la que fue y que ya queda en el recuerdo. Tan solo hay que encontrar ello

en las novelas de nuestros vates y artistas que nos legaron su alma.

Porque como sienta nuestro poeta. “Se fueron las barracas por las aguas abajo, / la armilla rameada y el bordado refajo,..../ La guitarra está triste y la parranda muerta / ni los pájaros cantan sobre el negro albardín./

LOS ÚLTIMOS RINCONES DE LA HUERTA

Ya intuyó nuestro escritor de lo murciano y huertano este trance de destrucción galopante por el que iba a pasar su amado paisaje víctima del progreso urbanístico que todo lo descompone, pues de todo aquello que nos produjo goces infinitos tan solo la memoria queda.

Vivimos otro momento; el derrumbe de lo antiguo, con sus formas variables y modos contemporáneos que se reflejan en el arte, en las costumbres de una población que impone su medida. Unas reglas que se marginan con los valores de antaño, que instan sus propios atavíos y busca la comodidad y el progreso, se enrollan en la nueva cultura con los nuevos signos



Carnaval en la huerta.

que nos aporta el espacio contemporáneo, al margen de lo que nos identifica y que entendemos que hay que defender pese a todo, porque es lo que nos une a nuestros antepasados.

Se podría escribir mucho más de todo esto, pero nos sirve para dar cauce a la necesidad por nuestra parte de defender, aunque sea en trazos pausados la importancia de conservar lo nuestro, aquello que nos ha identificado, que nos suscitan unos modos de ser del llamado huertano cavador afincado en la tierra. Una figura que ha contado en nuestra historia, que se mantenía erguida en un ambiente de huertanía, con sus utensilios, en un espacio adecuado a su trabajo, con una forma de sentir y de mirar al futuro.

La huerta era ese espacio vitalista, señero y cabal, vario y colorista, sensual y entramado en un conjunto de tradiciones y sentimientos que han ido consolidando al personaje que la ha habitado, dejando su peculiar riqueza, su auténtica enjundia que ha aportado unas páginas hermosas a lo largo de su desenvolvimiento.

Ahora todo es distinto y cuando otoño va creciendo se nota su ausencia desde la pose del huertano y su entorno. La huerta no es ya una bella estampa, como dicen los clásicos sino una muestra de restos que van quedando, apartados y preparados para dar vida a los nuevos chalés que se añaden a sus pedanías, se acoplan a los acorralados banales que se preparan en solares desvirtuados de sus fines.

Ya no queda más que alguna que otra casa medio habitable cercana a la calle asfaltada y al solar hambriento de construcción. Se nos ha escapado la huerta con sus colores y agasajos, su timbre de honor y detalles de azahar, con aquellas reliquias de la flora de Mayo recreando sus cruces en esquinas de paraíso por las fachadas de las casas que daban a levante. Conservo unos apuntes sobre aquellas vivencias recibidas al contacto de veredas y carriles, con sus personajes y molinos, sus detalles y acequias plenas de agua compartiendo felicidad con el vecinal banal lleno de coles azuladas, las que en una ocasión pintara

del natural mi padre Saura Pacheco y tanto gustó a don Antonio de Hoyos, el ilustre profesor de las cosas de Murcia y su huerta. De todo aquello no queda nada, como a cada paso se quiebran las casas que forman parte de las pedanías de la huerta.⁽¹⁰⁾

Paso muy a menudo, por estos pagos de mis amores buscando el encuadre para tomar datos y apenas se acopla la mirada a sus encuadres, aquellos que daban sentido al paisaje con palmeras y árboles fecundos, con carriles y la portada de la casa antañona donde se vivía, pues no se otea nada más que edificios sin gracia, barriadas que han convertido todo en viviendas sin alma, porque es la urbe la que se va extendiendo sin orden ni programación.

La ciudad se abre y desborda, se lanza a una progresiva meta sin límite alguno, porque trata de acampar en el espacio virginal de la huerta donde anidaba antaño la morera y sus vecinos olían a flor de Mayo recogido, a cruz cantada en las vísperas de Abril al son de aquel:

“Alegraos damas
Que Mayo ha venido...
Bienvenido sea...”

Ahora deseo acuñar, desde la soledad que me abruma, una serie de apuntes sobre la nostalgia a la vera del camino, en mis rutas desangradas por la huerta que se ha marchado, acaso para dar testimonio de este acto imprudente de aceleración apresurada de lo urbano que, en su potencialidad va tomando a saco las pobres mansiones y banales de la vieja huerta, topando con el paisaje que diera vida a la ciudad, por donde sucede el río de sus antañonas generaciones.

Hay zonas de huerta que pese a su desarraigada pose mantienen ahora este paisaje empotrado en su marasmo, arrebujado en sus harapos de detritus. Lo observo en esta ocasión en la ruta mantenida por la pedanía de Aljucer, que fuera en el medioevo lugar de regocijo, cita de una clase arabesca enraizada en sus mansiones de paraíso coránico, con sus acequias desbordantes y barracones lujosos. Paz y belleza dominaban sus palmerales orientales y sus molinos prestaban elocuencia al son

de la musicalidad del trajín de sus máquinas anhelantes y con sabor a viejo oficio de gremio ancestral.

Y en el corazón de su silueta recogida, delimitada por las razones de su señorío de realengo, se dejaba sentir la espadaña de su torre que hoy es templo dieciochesco, de noble carácter y pose recia que domina el espacio, con sus arterias y carriles, meranchos y brazales con agua clara y presta al baño de sus vecinos. Lo hacían hace años, cuando la acequia de Barreras llenaba sus depósitos con animación y generosidad y se reflejaban los chopos y moreras en sus mansas y tranquilas aguas cristalinas. Hasta tal punto que nadie se bañaba dos veces en ellas, cual Heráclito advertía a sus discípulos, señalando que el tiempo pasa y lo que es ahora no lo es ya, pues de tal forma el agua transcurre y se hace distinta, como se mueve la hoja de la morera y se agita la del alamillo que habita con la acequia cercana.

Desde el rellano de la portería, apenas se vislumbra un horizonte de huerta, pues casi todo se ha construido y el edificio incruento señala su turno por doquier, lo que significa que se domina en el horizonte su atuendo cuadrangular. De esta guisa todo en esta huerta es solar y desencanto, aunque de vez en cuando, según me indican, los brazales llevan agua y se pueden regar algunos banales sumidos en la soledad, entre los cañares y paredes deshechas que los suelen acompañar.

Lo cierto es que no se arredran los chopos y moreras que quedan, las higueras soñolientas por permanecer en soledad de compañía, pues se dejan dominar en su atrapada situación junto a algunos caserones que conservan, por poco tiempo, su vieja catadura. Y aún el rosal se enreda, como extraño documento, por entre el tronco del chopo que surge del quijero del brazal seco que antaño luciera el agua de la acequia mayor de Barreras, como si fuera señor del lugar, con su antañona imagen de cuadro selecto y costumbrista.

Solo que da pena ahora ver la acequia derrumbada y sin agua, arrugada y sin los

reflejos que dieran otrora su majestad y encanto a este contorno de huerta sabedora de su embrujo y personalidad.

Por el sendero de esta pedanía que asienta los tablachos en desuso y los cañares enigmáticos, vecinos a una casa en trance de desaparecer, unos viejos huertanos juegan a la baraja. Como en los viejos tiempos, se dejan llevar por su soledad como cuando de mozos sentían el amor a la vida y apreciaban la turbulencia del agua que se amansaba en el brazal amplio, hasta el punto de bañarse en la acequia y sentir la brisa del viento que por la zona se estiraba y meneaba los esbeltos chopos plateados.

Ahora los cuatro hombres se lamentan de la carencia de agua, del desorden que se lleva en la acequia mayor y su descuido, del desastre en que va quedando la huerta, y siguen arrumbados en su sillas de anea, soportando la mugre de las cartas que les sirve de consuelo en la tarde de grises y cadencias insólitas.

Se ablandan los cañares al son del viento escueto de un tiempo arrebatado, mientras, a lo lejos, unas sutiles palmeras suspiran lágrimas de un pasado de misterio y belleza. Junto a ellas se amodorrnan algunas casas con sus recios colores de sangre como el de las tinajas que sus moradores pintaban de bermellón para mayor esplendor, cerca del carril de los Campillo.

Deja el camino lances de briosas notas de color en los rosales y geranios que se agarran a sus costados cerca de las casas que dan nombre al mismo y que fueran en tiempo casa de colonos, y aún se amansaba allí el pino grande que un día lo tiró el viento de un amanecer fogoso que recordaba el padre de Juan Campillo, labrador que me acompaña en estos efluvios de tarde ansiosa por el sol de cada día.

El hombre tiene aquí una casa y conserva otra de sus padres que anhela vender como es lógico. Un viejo aposento de labranza que trae a mientes vetustas labores de otrora con personajes que tan solo se conservan en el recuerdo. En su interior unas venerables fotografías quedan supe-ditadas a paredones soñolientos y se agita

la mente de las abuelas que aún soportan la tristeza de la vejez sobre sus cuerpos desgarrados.

Todo en el casar es escenario de una ausencia consentida y alejada. La abuela, de noventa años, apenas camina y Juana Campillo, que mantiene su soltería en franca presencia de soledad y llanto, suspira por los espacios de la casa a la que abre sus portones y deja asistir a sus anchas el aliento de su desgajo. Uno se da cuenta de cómo se vivía en la huerta con la casa adornada con sus reliquias, desde el tinajero a la rinconada de la chimenea acogedora, con los muebles de encanto que se adosaban a los cuartos contiguos. En sus espacios se domina la cama con el cabezal de adorno y los dos rosarios amparadores, tan quietos y remansados como los dejaran sus dueños, don Pedro y doña María, cuyos rostros se dominan en una fotografía centenaria. En otro reloj nos atrae el recio arcón de las esencias huertanas y con él nos trasladamos a aquella huerta soberbia y cabal, milenaria y bella, con los trajines de sus faenas robustas y sabrosas, desde el arar al desperfollo en su tiempo otoñal, dando que hacer en el tiempo del gusano de la seda, trabajando en torno al embojo y desembojo.

Todo este trajín que se fue nos lo evoca Juana Campillo atareada siempre y dispuesta a abrir los portones de las cuadras que nos hacen oler a abono de animales. Nos acomodamos cerca de las pilas de lavar que encajan el brazal apagado de la acequia, con el patio de aguas muertas y las cañas líceras recogidas que forman monumento señero, de tanta calidad como forjadoras de la cultura huertana.

Todo, en estas casas es encaje y voz del pasado, como la techumbre y el mobiliario, los espacios habitables que se desmelenan y dejan escondrijos en sus rinconadas de hastío; lo que significa que en su interior hubo vida, se enfilaban las ilusiones con los desencantos de la vejez y la muerte, que todo lo finiquita. Porque vislumbrar aquellos espacios nos posibilita a la remembranza agilizando el tiempo en sus silencios ocultos, para remedar estelas de un tiempo de pasiones trenzadas en un trabajo arduo.

El del huertano que había de abonar el rento a los dueños, como en este caso a doña Gracia Diez de Rivera y Diez de Rivera, que moraba en Madrid y tornaba de vez en vez a esta tierra de sol y acequia para los menesteres del cobro y agasajos de sus arrendatarios del Campillo.

Se desmenuza la tarde apagada y lucen los rosales en el carril que evoca a esta familia de viejos colonos, huertanos de pro que ahora traducen los ecos de su crónica en romances de luto, reteniendo la voz de sus familiares que supieron lidiar las horas. Las tuvieron dichosas y amargas como las de cualquier vecino, pero dejaron la gracia de su aroma en el vergel que se suma a la primavera de la flor de Mayo, en estos días, donde los vecinos de Aljucer han dispuesto la cruz de la plaza en sus más vistosas galas de color y perfume⁽¹¹⁾. Naturalmente trataremos, en una segunda parte este tema que nos preocupa.

NOTAS, CITAS Y BIBLIOGRAFÍA

- 1 Hacer una loa de nuestro compañero y Subdirector de ésta Revista Cangilón, Ángel Riquelme, sería un tanto banal, ya que es una persona conocida por todos, por su buen hacer en el tema museístico; sus trabajos especializados en etnografía, y estudios en hidráulica murciana, elogiados en éste país y en el extranjero. Por lo que conviene en justicia advertir, que nuestro Subdirector ha sido y sigue siendo el auténtico gestor y coordinador de nuestra revista, que por cierto atrae a tanto investigador de allende nuestra tierra. Persona la de mi querido Subdirector, que creo se ha desvalorizado por quien tiene la competencia de hacer justicia con sus funcionarios, sobre todo con quienes han dedicado su profesión en aras de dar prestigio al Municipio de Alcantarilla. Desde estas líneas y como Director de la revista le doy mi homenaje sincero y le animó a seguir porque nuestro esfuerzo merece la pena asumirlo. Lo más importante es la conciencia y el anhelo por la superación. ¡Gracias, amigo Ángel...!
- 2 Desde el año 1978 venimos publicando trabajos, en el Diario Línea, ya desaparecido,

- en defensa de la huerta, bajo el título “La huerta en su auténtico mensaje”. Después en la Hoja de Lunes bajo la dirección de don Carlos Valcárcel, y en diversas revistas, uniendo lo literario a lo pictórico, siendo infinidad de artículos publicados y que obran en la Hemeroteca.
- 3 En Cangilón 33, damos cuenta, en un extenso trabajo, de los pintores correctamente políticos, dedicados al costumbrismo en la pintura, desde los clásicos a los más modernos desconocidos. Creo que sus trabajos serán tenidos en cuenta en un devenir histórico que todo lo pone en su sitio, como en tiempos anteriores. Mi amigo Antonio Crespo, lo señala en unos trabajos en la revista Murgetana, dando una relación de escritores que no han tenido el privilegio de que los eruditos politizados los nombren. Pero ahí queda su obra y nosotros la defenderemos.
 - 4 Desde los años setenta nos preocupamos de recuperar la huerta y sus ritos antropológicos, rasgos que, pese a todo, apenas se nos hizo caso.
 - 5 En nuestro libro *El Encanto de la Senda de Casillas y El Belén Móvil de Casillas* (2012), damos constancia de lo que venimos diciendo.
 - 6 En el *Diario de Alcantarilla*, Siete días desaparecido, entonamos un panegírico de esta forma de ser del huertano, de sus costumbres y la esencia del espíritu huertano.
 - 7 Vid. artículos de *Línea y Alcantarilla Siete Días desde 1972* los primeros, y a partir del 2009, los demás.
 - 8 Son incuestionables mis vivencias sobre lo huertano a lo largo de la vida, que se van construyendo a partir de inenarrables contactos con el huertano; el que fue y el que está desapareciendo. Las que obran en cuernos de campo.
 - 9 La literatura del murciano. J.J. Navarro (2010). *Ronda Huertana*. R. García Velasco. En la primera obra el autor diseña una tesis sobre la necesidad de la defensa de la llamada lengua huertana dejando datos y nombres de eruditos y novelistas, de muy diverso y atractivo contenido.
 - 10 El lienzo pintado por mi padre, titulado “Coles”, que forma parte del Museo “Saura Mira, Saura Pacheco”, de Ceutí, como Exposición permanente; fue comentado por el profesor don Antonio de Hoyos, que incluso comparaba con un lienzo de Anglada Camarasa y Prieto. Un cuadro sobre tabla que pintó el maestro en los años sesenta. Yo, le acompañaba y observaba como trazaba, con pinceladas amplias un tema auténticamente huertano. Antes gustaba de las brumas, que fueron muy elogiadas por A. Martínez Fernández “Fulgencio Saura, pintor ante su meta” (*La Verdad*. 1943). Ramón D. Faraldo, en el *Diario “Ya”* destaca su obra, considerándolo: “Como uno de los más sutiles artistas de aquella tierra que hayan llegado, por ahora a Madrid”. (1948)
 - 11 Últimamente trato de recoger, en sustanciosos viajes por la huerta, los últimos rincones, observando aún algún que otro tema paisajístico por el entorno de Aljucer, Nonduermas y la zona de Alquerías en exiguos espacios que serán pasto de la máquina. Nuestros trabajos se enfocan desde estas vivencias en contacto con personajes, ya ancianos, que guardan en su corazón pedazos de una huerta desaparecida.